

Guadarrama, viejo amigo

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

Comencé a escribir estas líneas en Praga, a dónde viajé a finales de octubre del 2002 con Lola, mi mujer, para conmemorar nuestro décimo aniversario de boda y, por supuesto, agradecer íntimamente que esos años hayan estado llenos de cosas estupendas, especialmente dos: Miguel y Emilia.

Me resulta curioso pensar que mi corta experiencia en estos viajes conmemorativos estará para siempre ligada a la memoria de Vicente Cacho porque fue también en un viaje por el quinto aniversario de boda –esa vez desde el Puerto de la Cruz, en la isla de Tenerife– cuando le llamé para preguntarle cuál había sido la opinión de los médicos en su última revisión. Me comunicó entonces –sin teatralidad pero también sin rodeos– que los médicos sólo le daban un mes de vida. No se equivocaron en un solo día.

Si hay muchos motivos para lamentar la pérdida de Vicente, el no poder recibir su aliento en estos viajes conmemorativos sería, desde luego, uno de ellos porque Vicente disfrutaba con este tipo de iniciativas como si fuera a ser él quien viajara.

Hubiera tirado de su base de datos y –como buen institucionista supernumerario que era– habría rebuscado en sus viejas carpetas de excursiones y me habría hecho un sinfín de sugerencias. Me habría hablado de Kafka como si lo acabara de leer el día anterior, de los jóvenes checos que tanto le recordaban a algunos políticos catalanes, o me habría dado un viejo recorte de periódico sobre la geografía mozartiana de la vieja capital del Moldava. Un lugar privilegiado en sus reflexiones sobre la vida intelectual de comienzos del siglo XX con el que, como le ocurría con otras ciudades europeas, había establecido estrechos lazos a través de la profundidad e independencia de su insaciable capacidad de lectura. Porque, que yo sepa, Vicente nunca estuvo en Praga.

Pero no hay que dejarse llevar por la idea de la simple lamentación y, al cumplirse cinco años de su fallecimiento, todos nos hemos sentido convocados de nuevo por Vicente, a raíz de la iniciativa que han tenido Paloma O'Shea y Vicente Ferrer –presidenta y vicepresidente primero de la Fundación Albéniz, a la que Vicente legó todos sus fondos de investigación– al encargar a Salvador Pons la coordinación de unas sesiones conmemorativas que comienzan con esta mesa redonda.



En la plaza Vicente Cacho Viu de Cuerva (Toledo), con Octavio Ruiz-Manjón.

Por mi parte, he participado de la mejor forma que he podido en la organización de estos actos porque las circunstancias me llevaron a que, en sus últimos años de vida, yo fuera uno de sus amigos más cercanos y recayera sobre mí la tarea –que ha sido grata pero no ha sido escasa– de preparar las últimas ediciones de sus escritos. Y, al participar en estas mesas redondas, que han sido pensadas para construir una evocación, desde perspectivas muy variadas, de la persona de Vicente y de su obra, no puedo desprenderme de mi condición de historiador y quiero dejar un testimonio preciso, aunque sea ya relativamente conocido, de la manera que tenía Vicente de hacer las cosas.

LAS CIRCUNSTANCIAS DE UN ACTO FÚNEBRE

Yo ya sabía, desde bastantes años antes, que Vicente nos había nombrado, a Vicente Ferrer y a mí, albaceas testamentarios de sus fondos de investigación y de sus documentos personales lo que, dicho sea de paso, era una forma de seguir dándonos quehacer desde la otra vida.

Pero, a primeros de septiembre de aquel 1997, me pidió una mañana que le acompañara a la Plaza Mayor de Madrid, para comprar una gorra –como las que llevaba el canciller Schmidt– con la que pretendía disimular los estragos que la quimioterapia había producido en su, ya de por sí, escaso pelo.

Concluida rápidamente la gestión –y tal vez porque lo que vino a continuación era el verdadero motivo para pedirme que le acompañara– me sugirió que nos sentáramos a tomar unas cervezas en una de las terrazas de la plaza, sugerencia francamente agradable porque era un espléndido mediodía de finales del verano madrileño. Pero Vicente quería hablarme de su entierro –que el presentía ya próximo–, me pidió que tomara notas de lo que me iba a decir y me describió lo que, más o menos, presenciáramos dos meses más tarde.

Yo me di cuenta enseguida de que me estaba describiendo una versión –actualizada y adaptada a sus circunstancias personales– de lo que fue, en mayo de 1874, el entierro de don Fernando de Castro que, con gran vigor literario, cuenta Vicente en la introducción de su libro sobre la Institución Libre de Enseñanza. No faltaron razones, desde luego, para que le dieran el Premio Nacional de Literatura.

Por otra parte, la ceremonia que me describía era absolutamente novedosa y a mí se me ocurría que podría haber dificultades en su realización pues tendríamos que contar con la colaboración de muchas personas cuya participación, o consentimiento, eran indispensables para el acto diseñado por Vicente.

Yo no dejaba de estar emocionado por lo que oía y, antes de que Vicente terminara de explicarme la ceremonia, ya me andaba preguntando cuáles podrían ser mis primeras palabras –unas palabras que no desentonaran excesivamente con la solemnidad de la ocasión– cuando, al final de su exposición, me preguntara:

– “Bueno, ¿qué te parece todo esto?”

La verdad es que, para mi desesperación, no se me ocurría nada a tono con el momento y, cuando llegó la temida pregunta, reparé en que el acto habría de celebrarse en el jardín de la Fundación Ortega y sólo se me ocurrió preguntar:

– “Pero, ¿y si llueve?”

Entonces salió el mejor Cacho y dejó las cosas claras:

– “Pues os jodéis.”

La cosa no tenía vuelta de hoja. La preparación del acto obligó a realizar muchas gestiones pero, cuando llegó el momento, todo transcurrió como Vicente había querido.

LOS ORÍGENES DE MI AMISTAD CON VICENTE

Los organizadores hemos pretendido, en esta mesa redonda, evocar al amigo y al universitario, de pies a cabeza, que fue Vicente Cacho. Por eso tengo el placer de sentarme aquí junto a quienes le conocieron desde hace mucho tiempo y quienes lo hemos hecho en fechas más recientes, aunque creo que todos hemos disfrutado de su compleja dimensión humana que integraba, de forma armoniosa, al profesor, al investigador, al intelectual interesado en casi todo, al hombre de fe y al amigo leal.

Yo, como he dicho antes, me considero de la penúltima hornada aunque había procurado su trato en fecha más temprana.

Al acabar mi carrera en 1967, don Antonio Fontán, que hoy nos modera en esta mesa y era entonces mi decano en la Facultad de Letras de la Universidad de Navarra, me sugirió que, ya que pensaba trasladarme a Madrid, me pusiera en contacto con Vicente Cacho para que me dirigiera en los estudios de postgrado. Yo era entonces miembro del Opus Dei y Vicente me dejó muy claro que esa coincidencia hacía aconsejable que me buscara la vida por otro sitio.



Vicente Cacho con el autor de estas líneas, en la Clausura del Curso de la Escuela Superior de Música Reina Sofía, en el Palacio de El Pardo. Junio de 1997.

Acepté sus razones pero, como lo que yo quería era entrar en la Universidad, acepté también, pocos meses después, el puesto de ayudante que me ofreció otro miembro del Opus Dei que andaba también por la Facultad de Filosofía y Letras. Vicente Rodríguez Casado, que me conocía porque yo había asistido a un curso de verano en La Rábida, me dirigió la tesis a su estilo y me brindó una confianza –entre paternalista y de un cierto despotismo ilustrado– que le agradeceré siempre.

Lo que me permitió recuperar el contacto con Vicente Cacho y establecer una amistad que duró ya hasta el día de su muerte, fue una circunstancia que es de las que más une en la tribu de los universitarios: una oposición perdida por un entonces amigo común.

Ocurría esto a comienzos de 1975 y, desde aquellos días, Vicente fue para mí un mentor exigente de mis actividades académicas y un amigo generoso en todo momento. El me ayudó decisivamente en la búsqueda de materiales catalanes para la publicación de mi tesis doctoral en 1976 y me dio los consejos oportunos para que, dos años más tarde, yo pudiera acceder a la largamente ansiada condición de catedrático. Desde entonces, más de veinte años de comunicación permanente en los que fui un testigo privilegiado de su quehacer académico y de su enérgico carácter, capaz de la ternura pero también de estallidos de cólera –"trepes" los llamaban en el caso de don Francisco Giner– que Vicente era el primero en lamentar, lo que le llevaba a buscar rápidamente el restablecimiento de la concordia con la persona que pudiera haberse quedado dolida con su estallido emocional.

La última situación de este estilo que viví con él fue en el mismo mes de noviembre de 1997. Vicente sentía la urgencia de quien veía acercarse su final y yo, que no terminaba de hacerme idea de la situación, tal vez cumplía con demasiada parsimonia sus indicaciones para preparar la edición conjunta de sus estudios sobre Ortega. Un día que hablábamos por teléfono, no encontró mejor solución para azuzarme que dejar las cosas bien claras sobre su situación:

– “¡Coño, Octavio, que me estoy muriendo!”

Evidentemente era así, pero Vicente seguía poniéndose cada día delante de su ordenador que todavía recoge la fecha del 21 de noviembre –una semana exacta antes de morir– como la del último día en que introdujo datos en aquel pequeño Macintosh SE 30. Porque Vicente, que nunca hubiese aceptado que le considerasen miembro de una secta por pertenecer al Opus Dei, le gustaba a veces jugar al equívoco de afirmar seriamente en público que el pertenecía a una secta para explicar, a continuación, que se trataba de la secta de los "maqueros", que es como nos denominamos los usuarios de Macintosh. Me contó alguna vez que le gastó esta inocente broma a un profesor de la Universidad de Navarra –“usted y yo pertenecemos a la misma secta”, le dijo en una oposición de no sé qué– y que al otro por poco le da un infarto.



Vicente Cacho en su "buhardilla" de la Fundación Ortega con el Macintosh al fondo. 1988.

La verdad es que su opción por los medios informáticos fue una decisión muy meditada que maduró a mediados de los ochenta, guiado por la mano experta de Vicente Ferrer, al que dirigió una Memoria de Licenciatura poniendo en juego las posibilidades de precisión erudita y de relacionar informaciones que ofrecían las bases datos, aunque fueran tan primitivas como las de aquellos años. La consecuencia de aquel meditado interés por los medios informáticos de tratamiento de la información histórica fue que apenas hay un papel de Vicente posterior al curso 1985-1986 y que en su ordenador, también depositado en la Fundación Albéniz, está contenido el mucho trabajo que realizó en su última docena de años.

Es una base de datos de investigación sobre los temas que le interesaban, pero también de anotaciones muy personales, por lo que se está realizando una tarea de revisión cuidadosa que permita, cuanto antes, ponerla a disposición de los investigadores, respetando la intimidad de Vicente y de otras personas que aparecen en ella. Hubo, sin embargo, algún tema de investigación, como el de la publicación de las obras completas de Ortega y Gasset, en el que Vicente hizo disposiciones muy concretas, expresión de su agradecimiento por la hospitalidad recibida en la Fundación Ortega. Pocas semanas después de su muerte entregué en la Biblioteca de aquella casa su ejemplar de las obras completas del filósofo con multitud de fichas intercaladas entre sus páginas, en las que se proporcionaba informaciones muy precisas para la realización de una edición crítica de las obras completas de Ortega.

Por lo demás, Vicente ha dejado en su archivo –que todavía se está catalogando– material de investigación (ficheros tradicionales; textos manuscritos y mecanografiados; recortes de prensa; fotocopias, y centenares de documentos informáticos al margen de su riquísima base de datos) y documentos personales, entre los que hay una rica correspondencia personal en la que, en ocasiones, hay copia de las cartas remitidas por él. Una de ellas es la que escribió a don Antonio Fontán en enero de 1985 y que yo incorporé al estudio introductorio de su libro sobre Ortega.

UNA BIOGRAFÍA SUCINTA

No dejó, como algunos amigos le oyeron alguna vez anunciar, y otros conocieron con cierta inquietud, ningún tipo de memorias de las que sólo llegó a redactar unos someros índices, sobre los diferentes periodos de su vida, aparte de algunas anotaciones en una base de datos personal que apenas desarrolló. En esos documentos se hacía referencia a sus años de infancia y juventud, después de su nacimiento en Madrid, el 27 de diciembre de 1929, que transcurrieron por el barrio de Argüelles y, en los veranos, en La Granja y en Santander, dónde sorprendió a su familia el desencadenamiento de la guerra civil.



Finca Santa Cecilia en La Granja.

La imposibilidad de encontrar una casa adecuada en Madrid, les llevó de nuevo a La Granja, donde pasaron la primavera y parte del verano de 1939. Allí volvería en los veranos siguientes y, en su base de datos, ha recogido con nitidez lo que podría ser uno de sus primeros recuerdos de la vida política española: la caída de Serrano Suñer y el nombramiento de Blas Pérez como ministro de la Gobernación –ambos habituales veraneantes del Real Sitio– en los primeros días de septiembre de 1942. Vicente ha dejado anotado su recuerdo de «la caravana de coches de Serrano, llegando a toda velocidad a Santa Cecilia, para marchar poco después, quedando la finca cerrada en adelante. Y el domingo, en Misa en la Colegiata, don Victor, el abad, invitando a Blas Pérez a pasar desde el coro bajo –el lugar tradicional de los hombres– al presbiterio, honor que don Blas declinó».

«Experiencia menor –reflexiona Vicente en sus anotaciones–, sin el traumatismo dramático del marqués de Lombay, pero quizás no menos decisiva en el futuro de aquel niño, sobre lo efímero del poder».

Los años cuarenta son también los de sus estudios de bachillerato y los de comienzo de sus estudios universitarios. Derecho, que era la carrera que agradaba a su padre, y que simultanea con estudios de Filosofía y Letras, en la sección de Historia de América.

Los veranos de las milicias universitarias, que comienza en 1948 cerca de La Granja, resultarán decisivos en su vida. Allí se pone en relación con el Opus Dei y establece intensas amistades que perduraron a lo largo de toda su vida. Entre ellos, algunos catalanes que aparecieron en 1949 por

La Granja al cerrarse el campamento del Montseny. «Eran otro mundo» –anota Vicente–, «hasta en los apellidos que destrozaban los jefes. Jaime Gil de Biedma me "descubrió" a Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*, publicado poco antes en la Austral». Se inicia entonces un interés por Cataluña que no hará sino acrecentarse con el paso del tiempo.

La muerte de su padre, en septiembre de 1952, coincide con el inicio de una trayectoria profesional que inicia en el Gabinete de la Dirección General de Información que desempeñaba Florentino Pérez-Embid, y en el Ateneo de Madrid en donde desplegó una intensa actividad cultural. Fue entonces cuando sacó unas oposiciones de Técnico Especialista de Información y Turismo a la vez que preparaba la tesis que leería en junio de 1961. La tesis se publicó al año siguiente, sin retocar apenas, con el título de *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, y obtendría el Premio Nacional de Literatura.

Para entonces Vicente era ya, desde octubre de 1957, profesor del Estudio General de Navarra, origen de la actual Universidad de Navarra, pero alternaba su docencia en Pamplona con sus trabajos como secretario de la revista *Atlántida*, que comenzó a publicarse en marzo de 1963.

En junio de 1967 obtuvo la plaza de profesor agregado de la Universidad Complutense y, durante tres cursos, impartió unas clases de Historia general de España que resultaron memorables para muchos de sus alumnos que hoy ocupan puestos relevantes en la vida cultural y académica española. Desde allí pasó, a finales de 1970, a la Universidad de La Laguna, ya como catedrático de Historia Contemporánea, y allí permaneció hasta que, en octubre de 1972, se incorporó como profesor contratado a la Universidad Autónoma de Barcelona.



Vicente Cacho con su madre y su hermana, en "El mar" de La Granja. Julio de 1950.

Fue aquella una experiencia lamentable, provocada por el clima de politización y de protesta social de aquellos años que hacía imposible aceptar en aquel ambiente de intolerancia a una persona que, como Vicente era un funcionario madrileño, no marxista y, para más "inri", miembro numerario del Opus. Algún personaje destacado de la historiografía catalana, que lamentaría más tarde aquellos sucesos, podría haber dejado testimonio de lo que significó aquel atropello indigno.

Vicente se vio obligado, en cualquier caso, a renunciar a su puesto de profesor en diciembre de aquel mismo año y, como estaba decidido a continuar su investigación en Barcelona, tuvo que solicitar el reingreso en el cuerpo de Técnicos de Información y Turismo unos meses más tarde. Mientras tanto proseguía sus investigaciones sobre el nacionalismo catalán en un pequeño despacho que se había procurado en el Ateneu Barcelonès, hasta que se reintegró a la universidad en octubre de 1975, como catedrático de la Universidad de Valencia, y de allí pasaría, en marzo de 1976, a la Universidad de Barcelona en la que estuvo hasta mayo de 1982.

Reincorporado, como catedrático, a la Universidad Complutense en octubre de 1982 permaneció en ella hasta su muerte aunque, tras el fallecimiento de su madre en marzo de 1988, hizo un intento frustrado de volver a Barcelona ante la impasibilidad y la estrechez de miras de personas que deberían haber sabido corresponder mejor a lo mucho que Vicente había hecho por ellos. Nunca oí de Vicente una palabra de queja sobre lo sucedido porque hacía ya tiempo que tenía formado un criterio muy claro sobre el perfil moral de esas personas. Y ajustó su relación personal con ellos a ese criterio.

SUS ÚLTIMOS ESCRITOS

Ésta sería, por tanto, una biografía sucinta de Vicente que puede proporcionar un marco de referencia básico –junto con la cronología esquemática que aquí se ofrece– para algunos de los testimonios que se contienen en este libro y que sustituyen a esas memorias que no dejó. Lo que sí dejó –él, que fue frecuentemente censurado por lo limitado de su producción escrita– es un material completamente elaborado que le permitió realizar sus últimas publicaciones.

Cuatro meses antes de su muerte presentó en la Residencia de Estudiantes su *Revisión de Eugenio d'Ors* y faltaban ya pocos días para el 28 de noviembre cuando le llevé los primeros ejemplares de *Repensar el 98*, del que hay algunos ejemplares que llevan la dedicatoria de su propia mano temblorosa.

A comienzos de aquel mismo mes de noviembre de 1997 me había entregado el texto terminado de sus estudios sobre *El nacionalismo catalán como factor de modernización* que hice llegar a Jaume Vallcorba y que se

publicaría un año después de su muerte. Finalmente, de acuerdo también con sus indicaciones, preparé la edición de sus artículos sobre Ortega, que habían sido el objeto de sus afanes hasta el último momento.

Por delante todavía queda completar la catalogación de su archivo y, tal vez, la edición de algún material inédito y la reedición de su estudio sobre la *Institución Libre de Enseñanza*, que no ha perdido nada de actualidad y que resulta inencontrable en el mercado del libro antiguo.

MI VICENTE CACHO

Las líneas anteriores me han parecido imprescindibles en este libro y constituyen, en cierto modo, la rendición de cuentas que, como albacea de Vicente, debo hacer al participar en la organización de un homenaje a su memoria, en el quinto aniversario de su fallecimiento. Homenaje que culmina en este libro que el lector tiene entre sus manos.

Pero ellas no reflejan, desde luego, mi relación de más de veinte años con Vicente, una experiencia personal que procuraré reflejar en estos últimos párrafos que introduzco con un epígrafe descaradamente inspirado en el título que utilizara Josep Pijoan al evocar la figura de Francisco Giner de los Ríos.

Porque a mí –¿para qué negarlo?– Vicente me recordó muchas veces a Giner y no dejo de sospechar que, en algunas ocasiones, Vicente tuvo muy presente las pautas de comportamiento que le brindaba su profundo



“Guadarrama, viejo amigo...”

conocimiento de la figura del reformador rondeño. No debía sentirse muy lejano de ninguno de los dos cuando, al evocar las afinidades entre Giner y Joan Maragall, nos recordaba que don Francisco decía, “sólo *medio en broma*, que lo suyo era administrar *el santo sacramento de la palabra*”.

Vicente Cacho también lo administró, con extraordinaria generosidad, en largas conversaciones, también telefónicas –la Telefónica tendría motivos sobrados para financiar este libro–, en las que se volcaba con el interlocutor. Creo que somos muchos los que tenemos la experiencia de cómo podía prolongar las conversaciones, cigarrillo tras cigarrillo, después de parar el coche con el que le habíamos acercado a su casa, o en interminables vueltas a la manzana de su casa, o de la Fundación Ortega, si el clima se mostraba propicio. No podría olvidar las charlas que tuve con él en la primavera de 1978, cuando me aconsejaba sobre la manera de afrontar las oposiciones que gané poco después, y las que las continuarían, años más tarde, en Madrid, Barcelona o Granada.

En aquellas charlas, que eran expresión de auténtico interés por las circunstancias de la persona que hablaba con él, Vicente conseguía que tuvieras la impresión de que no tenía cosa mejor que hacer que atenderte, tal vez a costa de unas horas de trabajo que podrían resentirse por esa dedicación a los demás cuando, en realidad, no era así, como queda claro en la detallada contabilidad –depositada entre sus papeles– que llevaba de sus horas de estudio y de las anotaciones que hacía para fijarse metas más exigentes cada año. Y una de las pruebas de esa constante exigencia es que toda la amabilidad y dedicación que Vicente podía ofrecer a los amigos, podía transformarse en irritación y hasta intemperancia para los desconsiderados –que nunca faltaron– que intentaban asaltarle en los diversos lugares que se procuró para trabajar, en Barcelona o en Madrid. Era conveniente pedir cita previa.

También fue gineriano en su aproximación al paisaje, especialmente el Guadarrama, que él conoció con la familiaridad que le proporcionó el que sus padres lo hicieran muy pronto socio de la Sociedad Peñalara, tan unida al mundo institucionista. Al redactar los índices de lo que nunca habrían de ser sus memorias, los años de su niñez tienen como referencia ese paisaje, aludido a partir de unos versos –«Guadarrama, viejo amigo»– que Machado escribiera en 1912 y que tienen una evidente cercanía con «los azules montes del ancho Guadarrama» que el poeta sevillano invocaría en 1915, a la muerte de Giner.

Nunca fui al Guadarrama con Vicente pero, bajo la experta guía de Manolo Titos, sí que fuimos a Granada y recorrimos Sierra Nevada por caminos que antes habían recorrido institucionistas de primera hora como Juan Facundo Riaño, Luis de Rute o Eduardo Soler, o las últimas generaciones representadas por Fernando de los Ríos y Pablo de Azcárate. Sin olvidarnos de Constancio Bernaldo de Quirós, que dejó un sugerente



Miquel Durán, Emili Giralt, Vicente Cacho, Paco Bonamusa y Octavio Ruiz-Manjón en casa de Manuel Títo, Granada, con Sierra Nevada al fondo. Octubre de 1989.

testimonio escrito de su visita a Sierra Nevada. Vicente se acercó con un gozo contagioso a Sierra Nevada y sus colegas contemporaneístas andaluces y extremeños asistieron en una ocasión, entre divertidos y pasmados, a su rápido triscar por el último repecho del Mulhacén hasta alcanzar una cima simbólica para quien tenía una extraordinaria capacidad para ver más allá de las cosas.

Eran los años ochenta, cuando yo estuve de catedrático en Granada y Vicente era, para mí, como un hermano mayor que me alentaba incansablemente en mi quehacer universitario a la vez que trataba de exigirme constantemente lo que le sugería su leal sentido crítico y su incansable afán por realizar un trabajo de calidad. Yo, por mi parte, le puse en contacto con mis colegas de aquella universidad porque entendía que el trato con Vicente era el mejor obsequio que podía hacerles con vistas a su formación como historiadores. No tengo la impresión de que fueran muchos, ni siquiera entre los que más se beneficiaron de su ayuda, los que llegaron a alcanzar una idea cabal de la dimensión humana y científica de Vicente.

Mi tránsito desde Granada a Madrid, a finales de los ochenta, se hizo en unas circunstancias profesionales y anímicas bien difíciles, porque lo que constituía un evidente ascenso profesional coincidió con una cierta inquietud personal, fruto de la quiebra de convicciones que habían guiado mi vida íntima durante muchos años. Vicente fue, en aquellas circunstancias, más hermano mayor, más comprensivo y más generoso que nunca, y no dudó en dejar claro lo que opinaba en las instancias que estimó oportunas.

Se inició, a partir de entonces, un trato aún más asiduo en el que llegamos a contemplar la posibilidad de unos proyectos comunes que, por distintos motivos, no llegarían a cristalizarse. Fueron unos años de visitas más casi

Los mayores son Octavio Ruiz-Manjón, Vicente Ferrer, Nuria Catalá y Vicente Cacho. Delante los pequeños: Tonto, José y Juan Ferrer Catalá. Y Goska.



diarias a la Fundación Ortega, de comidas en *El Yate* y de fines de semana en Cuerva, en casa de Vicente Ferrer y Nuri porque, fieles ambos Vicentes al principio de que "los amigos de mis amigos son mis amigos", no tardé en quedar incorporado a una familia que siempre ha sido de volumen amplio y de contorno difuso en torno a unos chicos que fueron aumentando de número a lo largo de aquellos años y que Vicente Cacho quería como una especie de abuelo espiritual sin renunciar nunca, pese a todo, al estatuto de "profe", o "Donvi" que era como le llamaban los críos.

La aparición de Lola en mi vida fue conocida pronto por Vicente que asistió, tan divertido como entusiasta, a nuestros preparativos de boda y a la instalación de nuestra primera casa en la calle Velázquez. De su época de relación directa con el mundo de los artistas, se le había acentuado aún más su gusto artístico, sus innatas condiciones para la decoración de interiores y la obtención de grandes resultados a partir de medios muy modestos. El día de Nochebuena de aquel año 1992 vino a comer a casa y, desde entonces, aquella comida la convirtió en una costumbre que no dejó de observar –con la alegría de Lola y mía, y con el creciente interés de Miguel, que apareció por este mundo el primer día de diciembre de 1994– en todos los años siguientes. Sólo en la última ocasión, el 24 de diciembre de 1996, tomé notas de aquella reunión en mi ordenador. Fue una larga conversación acerca de la Institución y de lo que ésta significaba a la muerte de Giner. También de la mucha ayuda que, para publicar su libro, recibió de Antonio Jiménez-Landi, de Natalia Cossío y de su marido, Alberto Jiménez Fraud. Natalia fue la que lo presentó a Soledad Ortega.

Tal vez aquella conversación estuvo impregnada de la melancolía de quien presentía cercano su fin porque, desde mucho antes, Vicente venía explicándome la situación de todos sus papeles con vistas al depósito de su archivo en la Fundación Albéniz.

Fueron reuniones muy tristes, que él procuraba superar con desenfado y un profundo sentido cristiano de la vida que no hizo sino acrecentarse durante los años en que lo conocí y que le permitieron superar algunas dificultades con las que tropezó en su ambiente más íntimo. Esto permitió que, cuando llegó el momento final, él contribuyera decisivamente a que lo viviéramos con una extraordinaria tranquilidad y con un ánimo muy fuerte.

La casualidad –¿el destino?– quiso también que aquellos días transcurrieran de nuevo en un mundo muy próximo al de Giner. La ventana de su cuarto, en la casa de la calle Rafael Calvo de Madrid, le permitía ver el jardín de la casa de la Institución y la ventana del cuarto en que murió Giner, que tenía sobre su mesilla ejemplares de *Platero y yo*, que acababa de publicarse. Yo visité a Vicente, en aquella luminosa habitación, casi a diario y vi extinguirse aquella vida en un ambiente de serenidad y cariño que no dejó de reconfortarnos. Nos lo había dicho a algunos amigos con toda seriedad, con sentido sobrenatural, y con un poquito de ironía:

– “El Opus Dei es un sitio estupendo para morir.”

Sucedió en la madrugada de 28 de noviembre y, cuando lo supe, me puse en contacto con quienes habrían de intervenir en el acto fúnebre del día siguiente y me fui a la casa de Vicente. Besé aquella frente y me encomendé a él con toda confianza. Tal vez iba ya, a lomos de Platero, camino de una felicidad definitiva. Por los caminos del viejo amigo Guadarrama, claro.

Madrid, febrero de 2003



Vista del jardín posterior de la casa de la Institución desde la ventana de la habitación, en la calle Rafael Calvo, donde transcurrieron los últimos meses de la vida de Vicente Cacho.